



ARTÍCULO: "GONZALEZ SUAREZ, GRANDE HOMBRE  
-POR REMIGIO CRESPO TORAL.

# S U M A R I O

- En el año del Cuarto Centenario de Quito. — **Secretaría.**
- Inauguración del primer Cabildo en la villa de San Francisco de Quito.  
Bibliografía Quiteña. — **Miguel Angel Jaramillo.**
- Juan Díaz de Hidalgo, de los primeros Alcaldes y Regidores de Quito y Santafé de Bogotá. — **Enrique Ortega Ricaurte.**
- Noble y Leal. — **Hipatia Cárdenas de Bustamante.**
- Don Enrique Otero D' Costa. — **J. Roberto Páez.**
- Pedro de Mercado. — **Enrique Otero D' Costa.**
- El ocaso de los conquistadores. — **Alejandro Andrade Coello.**
- Fragmento del libro «Páginas de Historia Eclesiástica de 1534 a 1934». — **Juan de Dios Navas E.**
- Los legajos de la Audiencia de Quito en el Archivo de Indias. — **José Ruzo González.**
- Reminiscencias Clásicas. — **Aurelio Espinosa Pólit, S. I.**
- La población de Quito en 1933. — **L. T. Paz y Miño.**
- Una obra monumental escrita en la ciudad de Quito al rededor de 1590. — **José Félix Heredia, S. J.**
- Crónica quiteña. — **Celiano Monge.**
- 
- González Suárez, grande hombre. — **Remigio Crespo Toral.**
- 
- La Sala Capitular de San Agustín de Quito. — **Fray Agustín J. Vaca.**
- Quito en la Historia Ecuatoriana. — **Carlos Manuel Larrea.**
- Fundadores de Quito y sus Escudos de Armas. — **Fr. Alfonso A. Jerves, O. P.**
- Caras y Shiris. — **Wilfrido Loor.**
- Historia del Ecuador. — **Pedro Fermín Cevallos. — Ezequiel Márquez.**
- Cédulas y Ordenanzas Reales de 1534 a 1600. — **Juan de Dios Navas E., Pbro.**
- Quito del Inti. — **Zoila Ugarte de Landivar.**
- La mujer ecuatoriana. — **L. F. Borja.**
- Discurso pronunciado por el Presidente del Concejo, Sr. Dn. Jacinto Jijón y Caamaño, en la Sesión Solemne verificada en la Sala Capitular el 18 de diciembre de 1934.
- Crítica del ilustre historiador azuayo, **R. P. Alfonso A. Jerves, O. P.**, al «Libro de Cabildos 1573 - 1574», publicado últimamente por el Concejo.
- Miguel de Santiago y los cuadros de San Agustín. — **Fr. Valentín Iglesias, Agustino.**

---

Treinta y siete ilustraciones fuera de texto.

# Gaceta Municipal

NUMERO EXTRAORDINARIO

Año XIX } QUITO (Ecuador), Octubre - Diciembre 31 de 1934 } No. 79

# GONZALEZ SUAREZ (1)

## GRANDE HOMBRE

*La voix d'un peuple entier le berce  
en leur tombeau.*

VICTOR HUGO.

En países de escasa espiritualidad y letras, aquélla y éstas se refugian en pocos y selectos escritores y artistas, que en ocasión se encumbran a lo más alto. El agua estáncase en grandes masas, no distribuída en manantiales y arroyos. Es el río caudal o el lago profundo: aquél en ruta al mar, éste para espejo de los cielos.

En el Ecuador se ha reconcentrado así en algunos escogidos — la superioridad del entendimiento y del carácter, de la sentimentalidad y el numen. La dispersión y la división suma de las nobles actividades, engendran la mediocridad. La concentración determina la formación del genio.

No a todos los pueblos de Hispano América les ha sido dado, en gracia y fortuna, poseer hombres de fuerte relieve, nutridos de conocimientos universales, genios o semigenios que pudiesen representar a la humana estirpe, a la raza, o por lo menos a su pueblo.

Venezuela primeramente, por sufragio indiscutible, prevalece sobre las naciones latino-americanas con los nombres de Bolívar — héroe, pensador y genio de la idea y de la fuerza; y Andrés Bello — el polígrafo, poeta, legista, filósofo, el hombre biblioteca y enciclopedia — sabio amanaera de los de Inglaterra o Alemania.

La Argentina se enorgullece con Sarmiento — múltiple también, estadista, educador, maestro y artista del libro y de la vida.

Colombia, no obstante la legión de sus poetas, oradores y técnicos de todas las artes del pensamiento, se destaca con el modelo de Rafael Núñez — el filósofo de la política, poeta de poesía pura y acendrada, y con Miguel Antonio Caro, patricio de las letras y la vida pública. En torno a estos nombres máximos y en estatura inferior, cuántos pensadores y artistas en todas las dependencias de la casa literaria, para modelo de elegancia, de finura, de sobriedad.

---

(1) El presente escrito forma parte de un estudio de mayor extensión acerca del célebre Arzobispo de Quito.

Son los hombres de altura — la de la guirnalda perenne de plata de las nieves — que no se mudan, guardando la perpetuidad del color, y son contempladas desde remotos horizontes, como pórtico del cielo.

Aunque algunos apasionados del terruño protesten quizás, el Ecuador cuenta dos nombres de protagonistas de cultura, que llenan la historia nacional con su resplandor y la irradian en casi una centuria, con prolongaciones al teatro universal: García Moreno y González Suárez.

Yendo a un segundo plano, el Ecuador fué también patria de Olmedo, el cantor de la epopeya de la Emancipación, en el que se advierten las primeras llamaradas de romanticismo en la serenidad clásica, como en Andrés Chenier, nutrido con leche griega y precursor ya de Víctor Hugo. — El Ecuador se ufana también con la filiación del prosador artista de su tiempo en tierras hispánicas: Montalvo. — Estas compensaciones las debemos por tantas menguas y fallas de la vida nacional accidentada y triste, estrecha en la prisión de forzados límites y aquejada de algo como fiebre o cólera infantiles....

De García Moreno dijo, en lo alto de la tribuna sagrada, González Suárez: — «Qué hombre ése a quien levantaba la Nación a la Primera Magistratura. Ingenio notable, voluntad enérgica, ilustración, desprendimiento, valor y constancia admirables, odio profundo a los vicios, ardiente amor al bien, prendas eran de que estaba enriquecido a maravilla ese hombre extraordinario, que apareció en nuestra escena social como el Hércules de la política ecuatoriana, ante cuya presencia huyeron despavoridos los perversos y guardó silencio, asombrada, toda la República. — En el corazón de aquel hombre parece que no había lugar para pasiones ruines, porque todo en él era de talla colosal: si amaba el bien, lo amaba con entusiasmo; si odiaba lo malo, lo odiaba con vehemencia, lo odiaba con furor.... Oh!, en verdad, qué hombre aquél! Vímosle a un tiempo oprimir con mano vigorosa la hidra demagógica y desencallar la nave del Estado de la postración y abatimiento en que la habían huudido los Gobiernos anteriores»....

De cumbre a cumbre, la visión resultaba certera. Aunque los dos grandes hombres no podían simpatizar del todo, en virtud misma de la singularidad de sus temperamentos, que poseían cada cual luz propia no confundible en una sola corriente; con todo, González Suárez, que discutió muchas acciones de García Moreno, sintió la seducción de su grandeza, tanto como éste la del novicio de la Compañía que, desde su primer discurso, anunció la tela de que estaba formado y la diestra mano del tejedor.

A sobrevivir el famoso Presidente, hasta presenciar los triunfos oratorios y apologéticos de González Suárez, habría sido su mayor apologista. En las elevadas esferas no se explican celos de superioridad, ya que es uno solo el plano en que actúan los hombres superiores.

Más tarde, cuando el Ecuador de conciencia y de espíritu se apresuró en la justicia del homenaje a González Suárez, un excelso varón que había honrado a la Patria, el ex-Presidente Cordero, que representaba el veredicto nacional, saludó, en nombre del Azuay, al

ínclito Arzobispo, llamándole «uno de los más esclarecidos próceres de la época actual, el primero entre nuestros hombres de letras.... elocuente y verídico historiador que con la pluma de Tácito en la diestra, continúa estampando en inmortales volúmenes las sentencias inapelables que ha de recibir la posteridad sobre los sucesos, los partidos y los hombres de la Nación».

Y concluía interrogando al eminente Prelado: — «¿ en qué os ofenden los menguados que os insultan? ¿Cómo se han de oír los ladridos en las alturas de la gloria?»

De estos insignes personajes se pudo decir lo que sólo de García Moreno expresó, en frases lapidarias, el prócer poeta de Colombia, Don Belisario Peña:

«A ese gran corazón y firme mano — sobró grandeza y le faltó un imperio».

A uno y otro son aplicables las palabras del propio González Suárez ante la tumba de García Moreno:

«Reverdezan sus huesos en el sepulcro suyo, porque se redimieron para la inmortalidad».

### Retrato y fisonomía moral

En mis recuerdos de la niñez y la adolescencia aparece luminosa y simpática la figura de este personaje, que había de actuar después en casi todos los campos de acción de la Iglesia y de la Patria.

En el último tercio del siglo XIX, la Compañía de Jesús, que lo contaba entre sus novicios de mayor esperanza, lo envió a Cuenca a enseñar Literatura. Traía el prestigio de la madurez de la educación preparada con las reservas y precauciones de la Compañía.

El hombre sentimental recordó tantas veces su ministerio en Cuenca. A ella vino junto con otro novicio jesuíta, Abelardo Moncayo, poeta de nervio y más tarde político militante en caso malamente trágico y en la dirección de la cosa pública con programa muy diverso del de sus verdes años. — «Vine — habla González Suárez a los cuencanos — a esta tierra siempre hospitalaria, encargado de la honrosa y difícil tarea de la educación de la juventud, aunque para hacerme digno de vuestro aprecio, no tenía más mérito que vuestro generoso y noble carácter. Y puedo deciros justamente: vuestro pueblo es también mi pueblo».

A los escolares de entonces sorprendióles desde luego el joven jesuíta, por muchos motivos con que el hombre puede imponerse a los demás: la superioridad prevalece por natural señorío.

De estatura mediana, el pecho levantado como para resistir con el empuje del valor, los ojos de mirar firme, grandes y bellos, con indeciso tinte de cielo y de mar, la frente amplia en convexidad inteligente, blanca la tez con leves estrías de púrpura, la barba saliente, con esa curva de desdén y grandeza de los hapsburgos, tenía la distinción que caracteriza a los sacerdotes y educandos de la Compañía, y sobre la faz un detalle melancólico o de ironía sutil que denunciaba un espíritu superior y la plenitud de comprensión del vasto problema de la vida.

A poco, salió de la Orden por la ancha puerta del honor, en parte por atención a su madre y también porque un hombre como él no es de los que pueden darse por entero a la disciplina de la obediencia. Además los Superiores no creían aún oportuna su ordenación sacerdotal.

Ligado por amistad y hasta por la sangre con algunos literatos de Cuenca, sobre todo con el Doctor Antonio Borrero, en la casa de éste halló playa de desembarco tras la nueva travesía, y a poco fué recibido con paternal abrazo por el Obispo de Cuenca Don Remigio Esteves de Toral. De las Diócesis de Quito e Ibarra fué desechado para la ordenación sacerdotal. Cúpole a la de Cuenca recibirle en su seno y franquearle el paso hacia el Altar. Subió a él preparado como estaba en las diversas disciplinas y ciencias eclesiásticas, mediante una vocación irresistible.

Gustaba de la soledad, como de un retiro propicio a un sabio y celebró la primera misa en un oratorio campesino, entre labradores de un hermoso valle cercano a Cuenca: una nota de piedad, de alto respeto a las cosas santas y de inclinación a la risueña y pía naturaleza y al campo que siempre amó por instinto y por reflexión de poeta, de místico y de solitario.

Recuerdo del joven sacerdote, que dominaba e imponía desde entonces por la elevación y la austeridad interrumpida en veces por la sonrisa de compasión o desdén que remataba casi siempre en risa sonora y franca, procedente de la espontaneidad de la alegría y de la limpidez de la conciencia.

Llevábame en su compañía para los paseos de la tarde. Recostado sobre la grama, por cabezal una piedra del cercado — escuchaba la lectura que me daba a ensayar y que corregía, procurando educar el sentimiento, la emoción y su correspondencia en la voz, a fin de que la obra leída se incorporase, por el contenido y el detalle musical del idioma — a nuestra propia alma. «El Quijote», «Los Mártires» de Chateaubriand, «La Historia de Jerusalén» de Poujoulat... fueron los libros de mis primeras impresiones, bajo la insinuación artística del gran literato (2).

---

(2) Como testimonio del afecto con que me favoreció el Ilmo. señor González Suárez, copio la siguiente carta, prenda querida, que entre otras, conservo de su benevolencia:

Señor Doctor Don

Remigio Crespo Toral.

Cuenca.

Mi querido Remigio:

Te escribo esta carta desde el Seminario Mayor, a donde vine el ocho de éste, para la segunda semana de los Ejercicios espirituales del Clero, la cual terminó hoy; y mi primer diligencia fue ponerte mi carta de pésame por la muerte de la Señora tu mamá. Tú conoces mi sinceridad y sabes que no puedo ser indiferente para contigo: perteneces a la familia Toral, a la familia del Ilmo. Señor Obispo de Cuenca, a quien yo le debo gratitud imperecedera; además yo estimé muchísimo a la Señora Mercedes tu mamá y a tí te he profesado siempre un cariño entrañable. Recibe mi pésame: tus muertos son mis muertos. — Da el pésame a Virginia, a Roberto y a tus demás hermanas, a nombre de tu afectísimo

† FEDERICO,  
Arzobispo de Quito.

Quito, 15 de Septiembre de 1909.

Deteníase en las colinas a recoger la varia y diaria impresión de las maravillas de la puesta del sol, y estrechaba con las manos la ventana de la visión para captar las lejanías, intensamente. Era el enamorado de la física hermosa, el que se estremecía al sentimiento de la naturaleza, madre que siempre tiene sobradas ternuras para sus hijos.

Lanzado después en la actividad literaria, a la oratoria, a la política, de que no pudo prescindir jamás, entregado a la lectura ardua, a la inquisición histórica, aquel sacerdote, Canónigo ya y Secretario del Obispado, vino a ser personaje de primera fila entre viejos y jóvenes, modelo, maestro, espíritu exquisito, ejemplar predilecto de elección, criatura hecha para las cosas escogidas. En el esparcimiento elocuente del púlpito o la cátedra, como en el encanto de la conversación, cuando disertaba en magníficas síntesis históricas o filosóficas, o sobre el lienzo deslizaba el lápiz de la caricatura, acomodando en la estampa a muñecos políticos y literarios; mostrábase muy por encima de la atmósfera corriente y de la ordinareiz consuetudinaria. Llevaba sangre hidalga en las venas, es decir, savia de plenitud y de dominio, valor de ciudadano y prestigio de príncipe eclesiástico, aún antes de la investidura.

Inclinábase con tierna solicitud al talento que lo seguía hasta en su apartamiento; de ahí su pasión por la juventud a la que buscaba, para enseñarle el derrotero y sobre todo enderezándola hacia noble rectitud moral, que se tradujese en la limpieza de la vida privada, en la austeridad de la pública, en la belleza de las acciones y en una como ortodoxia literaria para saneamiento de la pluma y formación de ambiente de dignidad y alteza que constituyen el aspecto más duradero de la civilización.

La juventud se adhirió a él, forzaba su retiro, a recibir sus lecciones y escuchar su sabrosa charla, en que saltaba la chispa de la sentencia y a veces la del buen humor, a tiempo mismo en que el maestro demostraba y concluía, con el razonamiento autoritario y el dato erudito. Pocos habrá en la historia de las relaciones que hubiese sembrado más ideas en sus oyentes y logrado por simpatía lo que raras veces se obtiene por magisterio.

No conoció a su padre, y para el amor familiar no le quedó sino el de su santa madre. En su modesto albergue de Quito, en la casita materna, casi perdida en una de las quiebras del asiento desigual de la ciudad, lo visité tantas veces y pude sorprender a la anciana madre, vestida de negro, con la pálida blancura ascética, indiferente a la respetuosa admiración que rodeaba a su hijo, a quien participaba la aureola de la heroica virtud materna.

Cuando murió la madre, González Suárez quedó en soledad, que la mayor parte de su vida fue compañera y confidente del escritor, del hombre de oración, del austero juzgador de las cosas del mundo.

Su nombre comenzó en él y acabó en él, su carta de nobleza así fue y su árbol genealógico no tuvo sino una rama — la suya, henchida de yemas de flor y de fruto. Casi siempre los grandes ejemplares humanos carecen de comparsa familiar y los que logran descendencia la dan como floración estéril, que presto sécase y se extingue.

Quien lo conoció y quien lea sus numerosos escritos, advertirá la pasión que le encendía siempre. Su vehemencia le condujo a diversos accidentes de compromiso y responsabilidad. Ellos procedían del impresionismo que algunas veces arrastraba al orador, al polemista, al príncipe eclesiástico, a desviarse de la nitidez de su propio criterio, lo que permitía a sagaces observadores la anotación de contradicciones, de súbitos proceder, de dictámenes quizás imprudentes.....

Pero la intención suya le excusaba: era tan limpia, tan sincera, que nunca pudo un acto discutible suyo estimarse como falta, sino como error. Ni las altas inteligencias ni las más austeras voluntades pueden blasonar de perfección y normalidad constantes, como la de una máquina regulada y precisa.

Creyó prescindir de lo que llamaba política, como si ésta fuese una mala hembra, de la que debía cautelarse sobre todo el sacerdote. En sus últimos años, cuando la transformación liberal que descatólizó el Estado, condenó acerbamente a lo que llamaba *partidos políticos*, incluyendo en esta denominación, por él vituperada, hasta el grupo inmenso de católicos que resistían a la tiránica ingerencia del Estado en el campo de la conciencia, en el estatuto familiar y en la dirección de la enseñanza hacia la inmortalidad que constituye el final humano destino.

No obstante, con todo el vigor del espíritu, en escritos y actos de autoridad, intervenía en la política. Sobre ella versaba su conversación favorita, calificaba a los hombres públicos en veces con la acerba frase de Suetonio y no perdonaba el menor desliz en los católicos.

Poseía singulares dotes de gobernador, de comprobador y veedor de la ciudad; sustentó solemnemente la tesis fundamental de la República: la libertad del sufragio; y se proclamó integralmente patriota hasta en frase equívoca de ciudadano, que no resultaba oportuna a lo menos en boca de un pontífice.....

La verdad lleva la línea recta, la política cristiana no puede ir con el desorden; y las relaciones humanas jerarquizadas se hallan según la filosofía de la acción. La primera declaración de un programa político es la del Príncipe de los Apóstoles: «Primero se ha de servir a Dios que a los hombres».

En la vasta obra de González Suárez, se encontrará la respuesta a algunas de sus afirmaciones que pudieron utilizarse por los enemigos de la causa de Dios en las horas más difíciles de nuestra historia.

Por lo demás, sujeta se halla a discusión la condena absoluta del recurso a las armas, en reivindicación de los derechos naturales que nos son quitados, de la independencia nacional, de la vida misma. Además, si la revolución es criminal, ha de ser legítimo el derecho de rechazarla por la fuerza. Los poderes de hecho, los que salen fuera de la ley, pueden también ser declarados fuera de la ley.

No obstante tales vacilaciones, ¡qué magnífica figura la de este hombre público, sacerdote sin mancha, escritor en casi todas las disciplinas, poeta y sabio, alto magistrado eclesiástico, merecedor como ninguno en América de la púrpura cardenalicia!

A ser menos plebeyos los tiempos, nadie como él pudo compararse con García Moreno el Gobierno de su pueblo, a la manera del gran Cisneros, o por lo menos de un Antonelli. Su temperamento

de político de altura ¡qué cosecha habría dado de su siembra de virtud y de honrada cultura!

Para encontrar su semejante, es menester remontar la corriente de la historia e ir a los eminentes personajes del Renacimiento Italiano: a los Roveres, a los Cesarinis, a los Parenticelli....

Parece escrito para González Suárez el diseño de Eginio Cansio de Viterbo: — «Varón extraordinario que juntaba la formación clásica y la erudición más extensa con profunda piedad y gran práctica de los negocios....Tenía una variedad de conocimientos y capacidad de ingenio que asombra; pues no sólo se distinguía como poeta y orador, filósofo y teólogo, sino también como historiador y conocedor de lenguas orientales. Es casi un enigma, de qué manera, con tan grandes ocupaciones intelectuales, pudiera hallar todavía tiempo para desplegar una actividad tan extensa». — (Pastor. — «*Historia de los Papas*». — t. VII).

Más acentuado paralelismo el de nuestro Arzobispo con Eneas Silvio Piccolomini (Pío II), poeta coronado, etnógrafo, geógrafo, naturalista, autor de la «Descripción del Mundo», libérrimo en ciertos juicios sin salir de la ortodoxia, censor de monjes y de trovadores de oficio. Hermosa su actitud ante la agresión del Islam. Presidiendo la tropa y la armada, se adelantó al nobilísimo poeta Silvio a morir, con el dolor de no haber presidido la batalla. Esta su actitud nos recuerda la de González Suárez en 1910, cuando la amenaza del Perú: a manera de Jefe, declaró más hermoso y expedito el que desaparezca el Ecuador en el campo de batalla, antes que enredado en la intriga diplomática.

Varón probado al fuego como el acero, varón de integridad, sin condescendencias que provinieran del miedo, prevaleció desde su juventud por el atributo máximo que engrandece a un hombre: el carácter que hace la fisonomía moral, que no se muda, ni se quiebra, y más gloria y timbre la del carácter enmarcado en la más austera virtud, disciplinado en el yunque del santuario, en el desinterés del sacrificio y encaminado en la verdad, para el bien, con esplendor de hermosura.

Formado en la adversidad, padeció como el metal en el horno las depuraciones del dolor, manteniendo en la pobreza la altivez innata como de rey caído o candidato al Pontificado. Esta condición era muy suya: ni virtud ni defecto — fondo de su constitución, no presentación artística o teatral, sino contorno relevante de su fisonomía moral. Hasta en la humildad, encontraba él cierta hidalguía. Dijo por ello: «Nuestra humildad ha de ser noble, sincera, nos debe nacer del corazón, huyendo de la abyección y del apocamiento. Por eso el sacerdote verdaderamente humilde es magnánimo, constante, generoso y enérgico, pues no hay virtud que así comuniqué vigor a las almas como la humildad».

Sin quererlo, en estas palabras, diseñaba su carácter. Inflexible en la determinación, en sus escritos se encontrarán a menudo las palabras *siempre* y *nunca*, como base de programa y táctica de campamento. Disparado hacia el fin previsto, alguna curva casi imper-

ceptible de la conducta no provenía en él de lo que se llama evolución, término que explica tantas caídas y excusa muchas debilidades.

Desde niño se trazó la senda con la madurez que había de venir, y desde los primeros años en que se denuncia la primavera, su inclinación derivó hacia el Santuario, ideal suyo de toda la vida, insinuado en la aurora y realidad de toda su existencia. Consideraba al sacerdote como un ángel en la tierra, y temblaba manchar hasta con un granillo de ceniza, las manos que habían de levantar la sagrada Víctima sobre el ara.

De ahí su terror, como el de los antiguos levitas, al penetrar en el Santo de los Santos, cuando ceñida la vestidura litúrgica, comenzaba el sacrificio con espíritu de adoración, de anonadamiento, pálida la faz y trémulos los labios del celebrante.

Por su genial intransigencia, por su limpieza de alma que esquivaba la más leve falta, parecía inclinarse hacia la austeridad de Port Royal, iluminada por el talento.

En Cuenca, era fama que la doctrina, mitigada en los términos de la ortodoxia, de lejana procedencia de Cornelio Jansenio, había dominado en la dirección de las conciencias, por órgano del Canónigo Mejía y hasta de Fray Vicente Solano. Su opúsculo sobre la Predestinación y justificación se estimaba como eco lejano de las disputas del Jansenismo.

De la parte doctrinal de éste, es claro que nada perduró al fin; pero sí la severidad en el tribunal de la conciencia y la esquividad por temor reverencial a la frecuencia de participación de los laicos en el Divino Misterio.

En la biblioteca del señor Toral quedaban, como resto de antiguas aficiones, los libros de Pascal, de Nicole y de Arnauld. El señor González Suárez hubo de manejar esos libros; y un ex-discípulo de la Compañía, que facilita mansamente los caminos del Cielo, reaccionó quizás inclinándose a una rigidez de criterio espiritual, que la practicaba como reglamento privado, con nínima trascendencia a los demás.

En la amistad, fue constante y sus simpatías no se mudaron jamás. Amaba a los hombres y las cosas relacionadas con su juventud y la formación primera de sus estudios. Pudo extrañarse que tuviese comunicación constante con librepensadores, él que abominaba del liberalismo, tal como lo declaró cuando el solemne homenaje nacional a su favor. Entonces dijo: «Lo único que me puede dar a mí la impiedad es el odio, y de ese odio me creo yo merecedor, porque hasta ahora no he renegado de la Cruz.....» Se trataba de amigos de sus verdes años, y no podía sustraerse al recuerdo y a la ternura de intimidad en el rincón de paz de la amistad, tan querido por los doctos y los justos, que siempre han creído posible una puerta para introducirse en el corazón de sus semejantes, con la industria de la conversión. No imitaba en ésto a San Jerónimo, sino a San Agustín y San Francisco de Sales.

Este y otros matices característicos hacían de él un tipo original y prismático, difícil de comprenderse por la superficialidad de las gentes. En la vida de comunidad, no se ajustó alguna vez a la cortesanía que a todos obliga. Su actitud desdeñosa le impulsaba por naturaleza a descuidos que no procedían de malevolencia y premeditación.

Un sér de eximias cualidades no puede ser mirado en el negativo de su retrato, sino en conjunto y en la total comprensión de su grandeza.

¿Qué parecía egoísta? Un solitario como él, favorito de la paz, recluso en el castillo interior, un huérfano dolorido que llevaba sobre sí herencia de infortunio, un gran corazón que sintió con muchos corazones y respiró el ambiente de batalla, ¿pudo mantenerse en los términos de corrección de los hombres que equivocadamente quizás se dicen normales, en la meticolosa actitud de los mediocres, en la mesura disciplinada de servidores y clientes?

Verdad que la modestia no fué la primera de sus virtudes, porque poseía todas y la humildad no asomaba en él a flor de tierra, sino como virtud escondida y sacrificio de su superioridad, en oblación al Padre Celestial, que hizo iguales a todos los hombres.

Su desinterés llegó al margen del heroísmo. Obispo y Arzobispo, reducido a mendigar, no vió en el dinero sino al tentador, y el pan de cada día constituyó su único banquete. Los dineros llegados a su mano por industria de la caridad, casi no los tocó. Puso sobre ellos la mano como sobre una llaga, y los dejó acrecentados, sin precaución de administrador inmediato y eficiente. El Fisco de su menguado país cayó sobre ellos en buena parte, con el cuchillo de carricero que no perdona ni los huesos ni olvida las granjerías, por más que ellas limiten el presupuesto de los desvalidos.

Se destacó por la distinción aristocrática. A él también podía aplicarse la observación de Lacordaire, que él recordó enalteciendo los méritos de un patricio eclesiástico: «Tuvo la mala fortuna, de llevar sangre hidalga en un siglo plebeyo». Sé presentaba, sobre todo en su condición episcopal, con la dignidad no estudiada de lugarteniente de Cristo, Señor y Rey, juntando la majestad a la simpatía, el brillo de la inteligencia a la seducción de la virtud.

El Ecuador, al revisar sus anales y Quito los suyos de cuatro siglos, justificarán ampliamente los motivos de la fama de González Suárez, hasta hoy uno de los máximos representantes de la superioridad nacional, que traspasa además las fronteras, con trascendencia a la historia de América y a la de la Humanidad.

Remigio Crespo Toral.

Cuenca, 5 de Diciembre de 1934.

CORTESÍA : ARZOB. XAVIER IGNACIO  
CRESPO CRESPO

JUNIO-2009